

Acerca del fin de la civilización

SERGIO **ESPINOSA PROA***

El estado ideal de la humanidad ha sido y es la ausencia de Estado. Durante un millón de años, nuestros ancestros deambularon por prácticamente toda la superficie del planeta. No se apropiaban de ella, sólo recogían sus frutos, sus yemas. Tomaban y devolvían, intercambiaban en rituales intensos y complicados. Moverse continuamente era condición de equilibrio; asentarse y echar raíces quedaba descartado: era irracional. La sustitución del nomadismo por la vida sedentaria provocó cambios verdaderamente catastróficos. La entrada en la historia es un accidente traumático del que a todas luces es imposible recuperarse (e incluso arrepentirse).

Con el nacimiento de las ciudades nacieron las guerras destinadas a resguardar y extender el territorio. Nacieron infinidad de conceptos, y el de frontera no es el menos sorprendente y nocivo. La lógica de la apropiación condiciona la historia entera de la explotación. Las migraciones han dejado de ser naturales; son desplazamientos forzados, violentos, usurarios. Los flujos del campo a la ciudad, a las ciudades, son cualquier cosa menos efecto de decisiones libres. La acumulación originaria del capital se apoya en, y se alimenta de, estos fenómenos de expulsión, subordinación y marginación de extensos segmentos de la sociedad.

El desarrollo es un espejismo cuando se trata de someter naturaleza y cultura al imperativo de la acumulación capitalista; no es, propiamente, desarrollo, ni siquiera cre-

cimiento en un sentido biológico: es un simple aumento en la capacidad de depredación, un incremento cuantitativo y cualitativo de la voracidad del sistema. Esta fatalidad parece inscrita en los genes de la humanidad y sus formas primitivas tienen el cometido —inconsciente— de impedir su eclosión: la prehistoria no es un periodo previo a la historia, sino el modo en que la humanidad se protege de caer en ella y de sucumbir a su violencia. Un modo, maticemos, gracias al cual nuestros ancestros se resguardaron de la historia, que es la historia de la forma-Estado, es decir, de esa excrecencia social que al monopolizar la violencia transforma el poder en dominación y la riqueza en capital. Para nuestra consternación, no hay vuelta atrás: la fuente está rota, el retorno a la naturaleza se antoja impracticable.

Quizás el futuro sea necesariamente utópico: lo más lúcido ha sido proponer, como hizo Marx con su pregnante idea de comunismo, un simulacro de retorno. Porque no es cuestión de volver a la naturaleza, sino de recuperar la sociedad, que es nuestra naturaleza. Una sociedad secuestrada por el Estado desde los tiempos de Sumeria y mantenida en cautiverio hasta el día de hoy. Que ello sea posible tras los reiterados fracasos de las izquierdas históricas no equivale a practicar un nuevo acto de fe. El porvenir no estará cerrado mientras exista un «recurso», como expresaba Vico, que recobre del pasado una energía aún por emplear. El nomadismo, tan efi-

* Docente investigador de la Unidad Académica de Docencia Superior, Universidad Autónoma de Zacatecas



caz durante cientos de miles de años, puede ser recreado en nuestro aciago contexto; cómo, cuándo y dónde, no ha sido establecido. Ilustración y tragedia, intercambio simbólico y muerte, profanación y reencantamiento del mundo, inmanencia y fetichismo, violencia y beatitud, inmunización y apertura...

El pensamiento social y político contemporáneo acude a viejas nociones —y a antiguas oposiciones— para descifrar el nuevo código: reinventarse es la consigna. Tal vez haber hecho de la política una ciencia —y de la ciencia una política— forma parte de su domesticación, y domesticar se ha revelado como una verdadera pesadilla, como efecto de una pésima elección. El desarrollo siempre se ha acurrucado en otro sitio: en la cultura, de la

que ciertamente tenemos una definición o demasiado ambiciosa o demasiado humilde. En suma, el pensamiento es el primer obligado a despedirse de la forma-Estado si quiere —si queremos— que exista no una solución a todos nuestros problemas, pero sí, y esto parece más que suficiente, un porvenir.

Texto leído durante la presentación de las revistas *Estudios Críticos del Desarrollo*, *Migración y Desarrollo* y *Observatorio del Desarrollo* editadas por la Unidad Académica de Estudios del Desarrollo el 11 de abril de 2017, en el marco del Festival Cultural Zacatecas.

De izquierda a derecha: Sergio Espinosa Proa, Raúl Delgado Wise, Sigifredo Esquivel Marín y Selene Carrillo Carlos, durante la presentación de las revistas de la UAED-UAZ.